

“QUIEN NO DA A DIOS, DA DEMASIADO POCO”

(Benedicto XVI)

“La misión es un problema de fe,
es el índice exacto de nuestra fe en Cristo
y en su amor por nosotros.”
(Juan Pablo II; Redemptoris missio, 11c)

Invocación al Espíritu Santo, verdadero protagonista de la evangelización:

Espíritu Santo, qué poco te invoco y qué poco me confío a ti y a tu acción misteriosa. Por momentos lo arrollas todo, en otras ocasiones pareces ausente. Pero eres necesario para la evangelización, porque sin ti las palabras suenan vacías, mis esfuerzos son impulsos estériles, mis compromisos se quedan vacíos. ¿Cómo puedo llevar la salvación si tú estás ausente?

Hazme comprender interiormente tu absoluta necesidad, y la necesidad que tengo de ti, en mi acción de testigo y de evangelizador.

Hazme comprender que siempre estás presente, incluso cuando el Evangelio tiene dificultades para ser acogido, dándome paz y no quitándome el valor de sembrar sin tregua.

Hazme ver claro que a mí me pides la siembra y te reservas para ti los frutos.

Dame, sobre todo, la seguridad de que siempre estás conmigo en cada momento de mi trabajo apostólico, porque así estaré seguro de que nunca será inútil ninguna siembra, aun cuando la mayoría de las veces serán otros los que recojan. Y la seguridad de que, en el cielo, verán mis ojos ciertamente esos frutos tan esperados de mi trabajo y del tuyo.

A pesar de mis olvidos te pido: ¡Ven!, por favor.

OBJETIVOS

- 1.- Revisar mi escala de valores para ver qué o quién ocupa el primer lugar.
- 2.- Fortalecer nuestra convicción de la absoluta urgencia que tenemos de Dios para la vida personal y social.
- 3.- Animar y fortalecer el servicio del apostolado.

INTRODUCCIÓN

Este año 2010 el Movimiento lo dedica a la evangelización y a San Juan Bosco, apóstol de la juventud.

Todos sabemos que la evangelización, el apostolado es la transmisión de la Buena Noticia.

“¿Cuál es la Buena Noticia para el hombre? La Buena Noticia es el anuncio de Jesucristo.”

(Catecismo de la Iglesia Católica, compendio; 79)

“Jesús en persona es la ‘Buena Nueva’, como él mismo afirma al comienzo de su misión en la sinagoga de Nazaret (Lc 4, 14,21).” (Juan Pablo II; Redemptoris missio, 13a)

La evangelización es compartir a Jesucristo, darlo a los demás. La evangelización, por lo tanto, es dar a Dios a los demás, porque Cristo “es el Verbo de Dios hecho hombre para la salvación de todos.” (Juan Pablo II; Redemptoris missio, 6a)

1.- ¡Dios es Amor!

A lo largo de todo el tema aparecerá muchas veces la palabra “Dios”. Para nosotros los cristianos, Dios no es una idea, ni un concepto filosófico. “Dios es amor.” (1 Jn 4,8) El problema está en que nos malacostumbremos a esta enorme revelación y ya no nos impacte como debería hacerlo.

“En esto hemos conocido lo que es el amor: en que él ha dado su vida por nosotros.” (1 Jn 3,16)

“Nadie tiene amor más grande que quien da la vida por sus amigos.” (Jn 15,13)

“Es difícil dar la vida incluso por un hombre de bien; aunque por una persona buena quizá alguien esté dispuesto a morir. Pues bien, Dios nos ha mostrado su amor haciendo morir a Cristo por nosotros cuando aún éramos pecadores.” (Rom 5, 7-8)

“Los amó hasta el extremo.” (Jn 13,1)

Es importante decir esto desde el principio para que así entendamos bien el desafío que nos plantea el lema de este año.

Desde el equipo responsable queríamos que este año apareciese la palabra “Dios” en la frase del lema. Es una forma de invitar a todos los miembros del movimiento a no quedarnos en nuestro mundo, en nuestras cuatro paredes, sino a levantar la cabeza, mirar y orientar nuestra vida hacia las cosas superiores, “los asuntos de mi Padre” (Lc 3,49). Sólo las cosas de “aquí abajo” van bien, cuando “las cosas de arriba” ocupan el lugar en nuestra vida que deben ocupar.

Por eso, muchas veces, las cosas de “aquí abajo” van como van.

Otro de los motivos por el que el equipo responsable quería que apareciese la palabra “Dios” es porque, en estos momentos, nuestra sociedad y nuestra cultura están de lleno metida en el tercer intento de matar a Dios. A lo largo de la historia ya lo han intentado dos veces más, y gracias a Dios (nunca mejor dicho) por el bien de las personas, no han podido.

El primer intento fue hace 2000 años en el monte Calvario. El segundo intento fue en el siglo XIX con los maestros de la sospecha y el nacimiento del ateísmo: Marx, Nietzsche, Freud... Sus teorías fueron puesta en práctica en el siglo XX con las terribles consecuencias que ya todos conocemos:

- Dos guerras mundiales.

- Los holocaustos nazi y stalinista.
- Los resultados sobre la población de regímenes catalogados como ateos: Albania, RDA, Hungría, Rumanía, Camboya (dictadura de los Yemeres rojos), etc...

Tanto es así, que al siglo XX los historiadores lo han clasificado como el siglo más cruel de la historia.

Nosotros como cristianos tenemos que aprender de todo esto para que no vuelva a ocurrir. Esta realidad tan terrible, que ha provocado tanta muerte y sufrimiento, nos debe de ayudar a fortalecer nuestra convicción de que sin Dios estamos perdidos. Es una prueba palpable. Sin Dios el ser humano se autodestruye.

¿Nos damos cuenta de lo que nos estamos jugando en estos momentos? ¿Somos conscientes del momento en que vivimos?

“Cuando veis levantarse una nube sobre el poniente decís en seguida: ‘Va a llover’, y así es. Y cuando sentís soplar el viento del sur, decís: ‘Va a hacer calor’, y así sucede. ¡Hipócritas! Si sabéis discernir el aspecto de la tierra y del cielo, ¿cómo es que no sabéis discernir el tiempo presente? ¿Por qué no juzgáis por vosotros mismos lo que es justo?” (Lc 12, 54-57)

Cuánta luz da Cristo. ‘Saber discernir el tiempo presente’, ‘juzgar por nosotros mismos lo que es justo’, es decir, preguntarse qué es lo correcto. Eso ya no lo hace nadie.

Pero nosotros, como creyentes que somos, es responsabilidad nuestra hacerlo. “Para realizar este cometido pesa sobre la iglesia el deber permanente de escrutar a fondo los signos de los tiempos e interpretarlos a la luz del Evangelio, de forma que, acomodándose a cada generación, pueda la Iglesia responder a los perennes interrogantes humanos sobre el sentido de la vida presente y futura...”

(Gaudium et spes, 4) (Si podéis leer el texto entero, hacedlo. No tiene desperdicio).

Lo volvemos a repetir: ¿Somos consciente, como personas y como movimiento, de lo que nos estamos jugando actualmente?

Estamos viviendo en directo el tercer intento de matar a Dios. Es el que nos ha tocado vivir a nosotros. Este proceso de eliminación de Dios es distinto a los dos anteriores que hemos visto. No es una muerte violenta, que se puede ver a simple vista.

Esta muerte de Dios es por lenta agonía, de forma sutil, sin que nadie lo note. Como, por así decirlo, por asfixia. Poco a poco. Esta vez no hay un verdugo al que señalar.

La falta de referentes válidos que dignifique la vida de todos, el relativismo, los avances de la técnica y el consumismo de los bienes materiales nos han invadido y nos tienen instalados en un ateísmo práctico, en el que organizamos nuestra vida sin contar con Dios, como si Él no existiera.

Sin darnos cuenta todo lo que nos rodea invita a olvidarnos del Señor, y si no puede anularlo del todo, que por lo menos ocupe un lugar ‘decorativo’, como algo que está ahí pero de adorno, que nada tiene que ver con nosotros. Este intento de matar a Dios pretende que Él no ocupe el primer puesto, que él no sea importante para nosotros, que no sea grande. Sino simplemente, algo más, que está ahí, pero ya está. Sin ninguna repercusión en mi vida personal o social.

La mayor tentación del mundo materialista actual y de siempre, en lo que se unen y se esfuerzan todos los poderosos del ‘mundo’, es demostrar que Dios ya no es necesario, que se puede vivir y ser felices sin Él. Y, por otra parte, tenemos todo lo contrario, que constituye una prueba de fe y un argumento a favor nuestro, y es que hoy día hemos llenado con el consumismo nuestras vidas y nuestros hogares de todo y ahora resulta que nos falta todo, porque nos falta Dios, que es el Todo de todos...

El materialismo y el consumismo reinante destruyen nuestra identidad cristiana, nos destruye como Iglesia e hijos de Dios. Ahora equipamos a nuestros hijos y juventud de todo: inglés, judo, trabajo, dinero, piso, sexo, mandos a distancia de todo tipo... y ahora resulta que les falta todo, que se sienten vacíos, insatisfechos, aburridos... porque les falta lo principal: Dios.

Y así nos va. Por poner un ejemplo: en tan solo 15 años hemos pasado de los J.A.S.P. (jóvenes aunque sobradamente preparados) a la generación ‘ni-ni’ (ni estudio ni trabajo).

¿No nos damos cuenta de los que está pasando?

Tenemos de todo y sin embargo no tenemos de nada. Si falta Dios falta lo principal. Todo esto tiene que ayudarnos afianzar nuestra fe en el Señor. Cualquier telediario es una buena prueba de cómo se construye el mundo sin Dios: Tercer Mundo, terrorismo a gran escala, persecuciones, limpiezas étnicas, secuestros, crímenes, droga, pateras, asesinatos de millones de niños que no les ha dado tiempo ni a nacer, desintegración de la familia, violencia de género...

Si perdemos de vista el criterio de Dios, el criterio de la eternidad, entonces permanecerá como guía únicamente el egoísmo. Entonces cada uno intentará acaparar todo lo que pueda de la vida misma. Entonces considerará a todos los otros como enemigos de la propia felicidad, amenazadores y ladrones; la envidia y el deseo marcharán en primera línea y envenenarán al mundo. Si, por el contrario, construimos nuestra vida de forma que pueda estar firme ante los ojos de Dios, entonces se hará visible, también para los otros, el reflejo de la bondad de Dios.

El día que nosotros dejamos de ver el fin de nuestra vida (hacer la voluntad de Dios, es decir, servir, ayudar, etc...) la alegría se nos escapa, el temor y la angustia nos invade. Empezamos a ponernos nerviosos. A sentir miedo. Nos estamos alejando del Evangelio, de Cristo.

Si cada uno piensa sólo en sus propios intereses, el mundo se encamina hacia la ruina. Es volver a la ley de la selva, la ley del más fuerte. Y nosotros, discípulos del Señor, estamos llamados a anunciar y a vivir la ley del amor, la única que beneficia y dignifica al ser humano.

No podemos ‘dejar el mundo correr’, porque entonces, ¿qué sería de nuestros hijos, de los niños y jóvenes?

“No os acomodéis a los criterios de este mundo; al contrario, transformaos, renovad vuestro interior, para que podáis descubrir cuál es la voluntad de Dios, qué es lo bueno, lo que le agrada, lo perfecto.” (Rom 12,2)

¿Nos damos cuenta de la enorme responsabilidad que como cristianos tenemos?

¿Cómo podemos vivir tan entretenidos, tan enredados en miles de cosas, y lo más importante, el bien común, lo descuidamos, descuidando la urgencia de Dios en nuestras vidas?

¿Percibo lo que significa la evangelización en mi vida personal y en la de los demás?

Cómo convencer a nuestra gente de que Dios es el todo, el único que puede llenarlo todo de sentido y de amor y de vida y de felicidad verdadera. Cómo ayudar a los hombres de ahora a salir del vacío existencial y proponerles como medio y remedio que se acerquen a Dios, al Dios amigo y cercano que es Cristo Eucaristía, si nosotros mismos no lo hacemos ni lo hemos experimentado, si nunca nos ven rezar en la Iglesia o delante de un sagrario...

Nuestro Señor es la necesidad más urgente, pero si para mí no lo es ¿cómo voy a transmitírselo a los demás?

1.1.- EL TIEMPO SE HA ACABADO: LA URGENCIA DE DIOS

Esta prioridad de Dios, esta urgencia que tenemos de Él, proviene de Jesucristo, cuya misión fundamental fue inaugurar el Reinado de Dios. “El tiempo se ha acabado. El Reino de Dios está cerca.” (Mc 1, 15)

Reino de Dios podemos traducirlo hoy día como: reinado de Dios, soberanía de Dios, señorío de Dios, primacía de Dios, prioridad de Dios, urgencia de Dios,...

La llamada de Cristo para incorporarnos al servicio del Reino, no puede ser aplazada por ningún motivo.

“Señor, déjame ir antes a enterrar a mi padre...”

Te seguiré, Señor, pero déjame despedirme primero de mi familia...” (Lc 9, 59.61)

No hay excusa por muy importante que ésta sea. Fijaros qué prioridad, qué urgencia marca Jesús. Él es el Señor.

“Hay que darse prisa en hacer el bien, porque la caridad es urgente.” (Carlos de Foucauld; Escritos Esenciales; pág: 89)

La caridad no puede aplazarse. ¿Qué sentido tendría? ¿Cómo posponer la ayuda a nuestros niños, a nuestros jóvenes, a nuestros hermanos?

Todo esto nos lleva a revisar: ¿cuál es mi escala de valores, actualmente? ¿Es para mí realmente una urgencia Dios? ¿Veo que es la Necesidad primaria para los demás?

¿Qué estoy haciendo con el apostolado?

Tenemos que fortalecer nuestras convicciones de fe. La vida se encuentra cada vez más privada de certezas, de alegría, de paz y de confianza en el futuro; vivimos sumergidos en medio de incertidumbres, miedo y temores.

Esto está haciendo un daño terrible en los creyentes, porque “la misión es un problema de fe, es el índice exacto de nuestra fe en Cristo y en su amor por nosotros.” (Juan Pablo II; Redemptoris missio, 11c)

Por el bien de nuestras familias, por el bien de nuestras comunidades, nuestros centros, nuestros compañeros de trabajo, en general, por el bien común, tenemos que espabilarnos. “El amor de Cristo nos apremia.” (2 Cor 5,14)

La historia es una muestra palpable de lo que ocurre cuando Dios deja de ser el principal referente en lo personal y en lo social.

“Sin Dios, el hombre no sabe dónde ir ni tampoco logra entender quién es.”
(Benedicto XVI; Caritas in veritate, 78)

“El misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del verbo encarnado.” (Gaudium et Spes, 22)

Si falta Dios, falla la esperanza. Todo pierde sentido.

“Sólo Él da sentido definitivo a nuestra existencia humana.”
(Juan Pablo II; Carta apostólica a los jóvenes 31-03-1985, n°: 4)

“El Dios que tomó rostro humano, el Dios que se encarnó, que tiene el nombre de Jesucristo y sufrió por nosotros, este Dios es necesario para todos, es la única respuesta a todos los desafíos de este tiempo.”
(Benedicto XVI; Discurso, 24/05/2007)

“La mayor pobreza de los pueblos es no conocer a Cristo.”
(Bta. Teresa de Calcuta)

“El anuncio de Cristo es el primero y principal factor de desarrollo.”
(Pablo VI)

No saldrán las cuentas de nuestra vida si dejamos fuera a Dios.

Donde ya no hay Dios no existe tampoco la verdad. Pero en un mundo sin verdad no se puede vivir por mucho tiempo.

“La Iglesia cree firmemente... que en su Señor y Maestro se encuentra la clave, el centro y el fin de toda la historia humana.”
(Gaudium et Spes 10)

“Cristo, con diferencia, es lo mejor.” (LeMAC 2009)
¿Creo yo firmemente en esto? Pues se debe notar en mi vida. ¿Qué debo hacer para que así sea?

Nuestra certeza interior es que Jesús es el único Salvador. Toda la Iglesia de los orígenes vive de esta certeza, una certeza que la hace fuerte, valiente, gozosa, misionera, atrayente. Las grandes hazañas misioneras se han alimentado de esta conciencia. La Iglesia será siempre misionera mientras se interese por la salvación del prójimo, a la luz de Cristo Salvador.

Nuestros tiempos no resultan demasiados fáciles a este respecto: es preciso respetar las conciencias, está el diálogo interreligioso, es preciso promover la paz, existe la propagación de un cierto relativismo, está la desconfianza con respecto a todo tipo de integrista. A pesar de todo ello, Cristo, ayer como hoy y como mañana, sigue siendo el único Salvador. De lo que se trata es de convertir esta certeza no en un arma contra nadie, sino en una propuesta paciente y firme, serena y motivada, testimoniada y hablada, orada y alegre, suave y valiente, dialogadora y confesante. En todo ambiente, en todo momento de la vida, aun cuando parezca tiempo perdido, incluso cuando parezca fuera de moda.

La misión de Cristo se realizó en el amor. Por lo tanto, la caridad es el signo y el método cristiano. El Reino de Dios crece por la caridad.

“En Cristo la verdad coincide con el amor. La verdad no puede ni debe tener ninguna otra arma que a sí misma. La verdad cristiana se demuestra con el amor. Por eso, queremos pedirle con más insistencia al Señor que nos haga maduros para el mandamiento nuevo.

Quien no comunica la verdad del Amor al hermano no ha dado todavía bastante.”

(Benedicto XVI)

ORACIÓN:

“Cristo, Tú eres el único Salvador del mundo,
Sin ti nada bueno podemos hacer.
Donde Tú no estás, hay oscuridad;
Tú eres la luz del mundo.

Donde Tú no estás,
Hay confusión, odio, pecado;
Tú eres la Vida,
Tú eres la Verdad,

Tú eres el Amigo,
Tú eres el Buen Pastor,
Y el fundamento de la verdadera Paz.
Tú eres la esperanza del mundo.

Tú eres nuestro modelo,
Nuestro ideal
Y nuestra fuerza
Para transformar el mundo.
Amén.”
(Pablo VI)

A menudo me siento, Señor, entre dos fuegos: el respeto a las opiniones de los otros y la necesidad de comunicar tu nombre y tu verdad. No quisiera ofender la sensibilidad de quien está a mi lado, pero al mismo tiempo siento la necesidad de comunicar tu nombre. No quisiera parecer un retrasado, pero siento que sin ti se retrocede. Debo confesarme y confesarte que estaba más seguro en el pasado: las muchas certezas apoyaban esta certeza de que eres el único Salvador. Pero debo admitir asimismo que ahora, en estos tiempos en que han venido a menos muchas certezas, siento que debo aferrarme cada vez más a ti y arriesgarme más a reconocerlo, tanto en público como en privado. Refuerza, Señor, mi pobre corazón, para que ponga y vuelva a poner su centro sólo en ti como Señor y Salvador.

Concédeme una experiencia vigorosa de esta realidad para que pueda yo decir que tú eres mi salvación y mi alegría. Concédeme una experiencia tan profunda que supere en mí toda inseguridad a la hora de anunciar tu nombre, tu nombre santo de Salvador de todos. Concédeme, Señor, la convicción de que la Buena Noticia reiniciará su carrera por el mundo cuando tú brilles en mi corazón y en el de tus discípulos como el Insustituible, como el Incomparable, como el Único Necesario. Concédeme esta luz para que pueda yo iluminar este pequeño trozo del mundo que me has confiado.

1.2.- SOY CREACIÓN DE DIOS.

Hoy parece un milagro el hecho de que nos dejemos orientar hacia cosas superiores. Las cosas terrenas van bien sólo cuando no olvidamos las superiores: no podemos perder el camino justo que distingue al hombre. No podemos mirar sólo hacia abajo; debemos mirar hacia arriba, sólo

entonces viviremos justamente. Debemos insistir en la busca de cosas mayores y convertirnos en una ayuda para quienes intentan levantarse y encontrar la verdadera luz, sin la que todo es tiniebla en el mundo.

Con frecuencia olvidamos que somos criaturas. Hemos sido creados por Dios. Esa es nuestra verdad más esencial.

“En el principio creó Dios el cielo y la tierra.” (Gén 1, 1)

“Dios, es origen y meta de todas las cosas.” (Hb 2, 10)

Sin embargo, nos creemos protagonistas de todo. El centro del mundo, los arquitectos de nuestra existencia. Los que decidimos lo que está bien y está mal. Organizamos nuestra vida de espaldas a Dios, como si Él ni existiera o no tuviera nada que decir, olvidando así la verdad más fundamental.

“Si el Señor no construye la casa, en vano se cansan los albañiles; si el Señor no guarda la ciudad, en vano vigila el centinela.” (Sal 127,1)

“Si Mí no podéis hacer nada.” (Jn 15,5)

Dios nos ha creado. En su sencillez, esta expresión contiene una revelación formidable. Es revolucionaria.

No podemos olvidar el Génesis que es Palabra de Dios. No podemos olvidar la creación, el pecado original, la torre de Babel, Abraham, etc. Qué actualidad tiene todo esto. “El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán.” (Lc 21,33)

Y ahí no queda todo. No sólo me ha creado sino que me ha salvado.

“Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna.” (Jn 3,16)

“Él me ha amado y se ha sacrificado por mí.” (Gál 2,20) Estas palabras de San Pablo, cada uno de nosotros puede y debe repetírselo a sí mismo.

Gracias a Jesucristo descubrimos que “Dios es amor” (1 Jn 4,8) “y no se sirve de otra cosa sino de amor.” (San Juan de la Cruz, Cántico B, 28,1)

Por lo tanto hemos sido creados por amor y para amar, porque Dios no sabe hacer otra cosa.

El hombre es querido y amado por Dios y su tarea máxima consiste en corresponder a este amor.

“La prueba más fuerte de que estamos hechos a imagen de la Trinidad es ésta: sólo el amor nos hace felices, pues vivimos en relación, y vivimos para amar y para ser amados.” (Benedicto XVI)

Para una vida feliz es preciso, por tanto, un entendimiento íntimo con Dios. Sólo si esta relación de fondo funciona bien, las otras relaciones podrán ser justas. Por eso es importante aprender a lo largo de toda una vida y desde la juventud, a pensar con Dios, a sentir con Dios, a querer con Dios, de modo que desde aquí surja el amor. De esa forma el amor se convierte en el elemento de fondo de nuestra vida.

Por eso, cuando negamos a Dios, cuando la caridad, el servicio, el apostolado no ocupa el primer puesto en nuestra escala de valores, sentimos que algo falla en nuestra vida.

Es responsabilidad nuestra mostrar el verdadero rostro de Dios, Jesucristo, el amor hecho realidad, hecho vida, hecho persona. Así no contribuiremos con nuestro antitestimonio a la propagación del ateísmo o paganismo.

Cuando la sociedad no pone la caridad por encima de todo, sucede lo que sucede. Todo comienza a fallar. De ahí la urgencia de Dios.

Si nos quedamos solos con nuestras propias fuerzas, no conseguiremos construir nuestra vida como sólida casa. Nuestra fuerza y nuestra sabiduría no llegan a tanto.

Podemos hacer muchas cosas, pero si no damos a Dios, no sirve para nada. “Quien no da a Dios, da demasiado poco.” “Si no tengo amor, de nada me sirve.” (1 Cor 13,3)

Sin Dios no podemos vivir. “El hombre no puede vivir sin amor.” (Juan Pablo II; Redemptor hominis, 10a) Es la mayor desgracia. Es arruinar la vida. Sin amor se podrá “ir tirando” pero ni eso es vida ni eso nada. “Si no tengo amor, nada soy.” (1 Cor 13,2)

Nacemos con una necesidad de amor que dura para toda la vida. “Dios mismo, al crear al hombre a su propia imagen, inscribió en el corazón de éste el deseo de verlo. Aunque el hombre a menudo ignore tal deseo, Dios no cesa de atraerlo hacia sí, para que viva y encuentre en Él aquella plenitud de verdad y felicidad a la que aspira sin descanso.” (Compendio del Catecismo de la Iglesia católica; 2)

“...nos has hecho, Señor para Ti, y nuestro corazón anda siempre inquieto hasta que descansa en Ti...” (San Agustín; Confesiones I,1)

Mirando nuestra propia experiencia de Dios, debemos estar “convencidos de que cada hombre tiene necesidad de Jesucristo.” (Juan Pablo II; Redemptoris missio, 11a)

“Cristo es realmente Aquel a quien espera el corazón humano.” (Benedicto XVI)

“Si alguien tiene sed, que venga a mí y beba... de lo más profundo de todo aquél que crea en mí brotarán ríos de agua viva. Decía esto refiriéndose al Espíritu que recibirían los que creyeran en él.” (Jn 7,37-39) Es el Espíritu Santo, “el Espíritu de Cristo” (Rom 8,9), el del amor de Dios hecho carne.

El primer fruto del Espíritu es la caridad (Gál 5,22). “Al darnos el Espíritu Santo, Dios ha derramado su amor en nuestros corazones.” (Rom 5,5)

“Señor, dame esa agua, así ya no tendré más sed...” (Jn 4,15) Pidámosle al Señor su Espíritu Santo, el Espíritu de la caridad. Él sabe que lo necesitamos pero le gusta que se lo pidamos porque así fortalecemos nuestra convicción de la necesidad de Él, de que se lo tenemos que pedir, que sin Él no podemos.

“El que viene a mí no volverá a tener hambre; el que cree en mí nunca tendrá sed.” (Jn 6,35)

‘Suficiente’ sólo es la realidad de Cristo. Sólo Él basta.

“El ser humano, además del pan y más que el pan, necesita a Dios.” (Benedicto XVI; Mensaje cuaresma 2010)

“No sólo de pan vive el hombre, sino de toda Palabra que sale de la boca de Dios.” (Mt 4,4)

Por eso hay tantos hambrientos, tantos sedientos, tantos insatisfechos, porque “¿cómo van a creer en él, si no les ha sido anunciado? ¿Y cómo va a ser anunciado, si nadie es enviado?” (Rom 10,14-15)
¿Dónde anuncias tú a Cristo? ¿Te sientes enviado? ¿A dónde te ha enviado el Señor?

PARA MEDITAR:

“‘He aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo.’(Mt 28,20) Esta certeza ha acompañado a la Iglesia durante dos milenios... De ella debemos sacar un renovado impulso en la vida cristiana, haciendo que sea, además, la fuerza inspiradora de nuestro camino. Conscientes de esta presencia del Resucitado entre nosotros, nos planteamos hoy la pregunta dirigida a Pedro en Jerusalén, inmediatamente después de su discurso de Pentecostés: ‘¿Qué hemos de hacer, hermanos?’ (Hch 2,37)

Nos lo preguntamos con confiado optimismo, aunque sin minusvalorar los problemas. No nos satisface ciertamente la ingenua convicción de que haya una fórmula mágica para los grandes desafíos de nuestro tiempo. No, no será una fórmula lo que nos salve, pero sí una Persona y la certeza que ella nos infunde: ¡Yo estoy con vosotros!

No se trata, pues, de inventar un nuevo programa. El programa ya existe. Es el de siempre, recogido por el Evangelio y la Tradición viva. Se centra, en definitiva, en Cristo mismo, al que hay que conocer, amar e imitar, para vivir en él la vida trinitaria y transformar con él la historia.”
(Juan Pablo II; NMI 29)

“El cometido fundamental de la Iglesia en todas las épocas y particularmente en la nuestra es dirigir la mirada del hombre, orientar la conciencia y la experiencia de toda la humanidad hacia el misterio de Cristo, ayudar a todos los hombres a tener familiaridad con la profundidad de la Redención, que se realiza en Cristo Jesús.”

(Juan Pablo II; Redemptor hominis, 10c)

“La Iglesia desea servir a este único fin: que todo hombre pueda encontrar a Cristo, para que Cristo pueda recorrer con cada uno el camino de la vida.”

(Juan Pablo II; Redemptor hominis, 13a)

2.- ¿Sin noticias de Dios?

Es algo evidente que cuando vemos el telediario no dicen nada de Dios. Cuando deberían, ya que, el Señor nuestro Dios es el fundamento de toda la realidad. La cuestión está en que sólo lo malo es noticia (cualquier telediario, sea de la cadena que sea es una prueba de ello).

Desde ese planteamiento es normal que el Señor no sea noticia de los informativos, porque Él es la Buena Noticia. Dios es el Bien más grande que existe y por lo tanto no puede salir en las noticias donde sólo aparece todo lo malo, todo lo negativo, violento, etc.

Desde los medios de comunicación estamos sin noticias de Dios. Pero eso no significa que Él no haga nada (al revés, está que no le da a basto), de que no sea noticia, que no haya que anunciar todo

lo que está haciendo en estos momentos. Si la tele no lo hace, lo tendremos que hacer nosotros que somos creyentes en Él, testigos suyos. “Viviré para contar las hazañas del Señor.” (Sal 118, 17)

Todo el mundo habla de la crisis, pero fijaros en el detalle, normalmente se hace de forma negativa. La palabra crisis significa ‘cambio’. Todos los cristianos sabemos lo importante y positivo que son los cambios. Por lo tanto crisis no es sinónimo de ‘algo malo’.

Tendremos que hablar negativamente de la crisis cuando los cambios que se producen en la sociedad, en la economía, en la cultura, en la política, en la educación, en la iglesia o en cualquier otro ámbito, son negativos para las personas.

Pero cuando se dan cambios positivos para la dignificación del ser humano, bendita crisis, benditos cambios. La iglesia le llama a esos cambios positivos ‘signos de los tiempos’.

Por eso es muy importante que como creyentes, no metamos todas las cosas que ocurren en la actualidad en el saco de lo malo o negativo, porque el Señor está trabajando (y de qué manera) y los cambios que Él produce van en beneficio de toda la humanidad. Luego no podemos verlo todo malo. O como se dice: ‘No se puede tirar de la manta.’

Ahora, está claro que cosas negativas hay. Claro que sí. El Tercer mundo sigue estando ahí para vergüenza del Primer mundo y también como llamada a la conversión, al cambio de éste. El paro en España es alarmante. Y así podríamos seguir con la lista.

Son tiempos difíciles, eso ya nadie lo pone en duda. Pero nosotros somos cristianos, somos creyentes en el Dios que no deja de amarnos.

¿Quién nos ha dicho que iba a ser fácil? ¿Quién nos ha prometido que iba a ser un camino de rosas? El Señor por lo menos no. El evangelio es claro al respecto.

“El Hijo del hombre tiene que padecer mucho...” (Lc 9,22)

“Si alguien quiere servirme, que me siga; correrá la misma suerte que yo.” (Jn 12,26)

¿Cuándo ha sido fácil para la Iglesia?

“No hay nadie que no vea las malas condiciones en que se encuentran la Iglesia y la religión en estos tiempos. Y sin embargo, en vez de llenar el aire con quejas y lamentos, trabajar más de lo que se pueda imaginar para que las cosas sigan marchando bien.” (San Juan Bosco; Memorias Biográficas de S. J. B. XIII; 253)

Si queremos una vida fácil, relajada, alejada de las exigencias que conlleva amar (la misión del cristiano), no seguimos al Señor, no aceptamos su Evangelio. Entonces ¿qué hago metido en estas cosas?

La hora que nos está tocando vivir no es la del triunfo, ni de abundancia, ni del poder y del éxito, ni de la seguridad y la calma. Lo mismo (o peor) le tocó vivir a nuestro Maestro y Señor, Jesús de Nazaret. Entonces ¿qué queremos? “El discípulo no es más que el maestro.” (Mt 10,24)

“No temas, pequeño rebaño, porque el Padre le agradó darte el Reino.” (Lc 12,32)

¡Somos el pequeño rebaño de Dios! Algunos en la Iglesia y en el movimiento se entristecen viendo que hemos bajado en número. Ahora somos minoría frente al resto de la sociedad. No tenemos

apoyo social ni gubernamental. Y donde unos ven en esto un gran obstáculo, motivo de preocupación y de angustia, nosotros debemos ver una gran oportunidad que nos está ofreciendo el Señor para vivir el Evangelio, para ser más auténticos, más fieles a Él.

Fijaros lo que el Bto. D. Manuel González pone en boca de Jesús: “ Yo no me siento acompañado con el número sino con la calidad. Muchas veces veo mis salones llenos de gente y me siento solo y tan abandonado como en el Huerto.

Mira responsable mío, despreocúpate tú de la sugestión del número y preocúpate más de la calidad. Más que llenarme de gente mis salones, preocúpate en llenármelo de buen olor de eucaristías bien vividas, de adoraciones apasionadas, de suspiros de amor, de aspiraciones de esperanza, de inspiraciones de fe, de oraciones bien rezadas, de propósitos de enmienda, de vida intensamente eucarística.

Déjame a Mí multiplicar la gente cuando tú con mi gracia, multipliques la alegría que en Mí y en ti ha de producir el olor de esas cosas buenas.

Llena mi salón de olor de cosas buenas y yo te prometo que ese olor se extenderá por las calles y las casas de alrededores y verás cómo el salón tuyo será pequeño y tendrás que levantar más salones para los que han de venir...”

(D. Manuel González; Obras completas I; pág: 54-55; punto: 54.)

Lo pequeño, lo débil, el aparente fracaso, son bienes enormes para ser más de Dios. Pero se nos olvida. Se nos olvida nada más y nada menos que las palabras del Señor, el Evangelio. No ponemos nuestra mirada en el Crucificado.

Nos gusta lo que brilla, nos atrae el número, el éxito: “he triunfao”. Así nos sentimos más seguros. Pero con ello olvidamos al Señor.

“La verdad de fondo es ésta: nadie quiere aparecer pequeñito y débil. Nos avergonzamos de la Cuna del pesebre y de la Cruz del Calvario.” (El hermano de Asís; Ignacio Larrañaga; pág: 282)

Tenemos como espiritualidad la vida de Nazaret pero que poca gracia nos hace aparecer como insignificantes. Nos gusta ser tenidos en cuenta, destacar, sobresalir, que nos estimen. Cosas que nada tienen que ver con el Evangelio.

El Espíritu Santo está trabajando en otra dirección. Aprovechemos la oportunidad.

“Jesús se hizo pequeño con los pequeños.” (San Juan Bosco; Memoria Biográfica XVIII,103)

“Hacerse pequeñito, he ahí la salvación.” (El hermano de Asís; Ignacio Larrañaga; pág: 145)

Porque eso es lo que a Dios le gusta: “ha mirado la pequeñez de su sierva...” (Lc 1,48)

“Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios y prudentes, y se las has revelado a los pequeños. Sí, Padre, así te ha parecido bien.” (Mt 11,25-26)

“Para las cosas grandes, la simplicidad de las cosas pequeñas, ¡el estilo de Dios! El pesebre para salvarnos, los dos palos de una cruz para redimirnos y la blancura mínima y redonda de una hostia para alimentarnos.” (Bto. Don Manuel González; citado en: El obispo del Sagrario abandonado; J. Campos Giles; pág: 97.)

“Siempre lo pequeño, siempre lo pequeño.

Pequeño en el pesebre, pequeño en Nazaret.

Pequeño en el pan consagrado.” (Bto. Manuel González)

Pequeño en los niños, en los jóvenes, en los pobres.

Pequeño e insignificante como la sal, como la levadura, como el grano de mostaza.

Pequeñas comunidades. Es lo que toca ahora. Pocos, es lo de menos. Lo importante es la calidad. Lo que importa es la santidad. Lo que importa es la caridad que ofrecemos.

Lo repetimos: una comunidad pequeña está en una muy buena disposición de santificación, de hacer un bien enorme en la sociedad. Todo es cuestión de hacer las cosas bien, de aprovechar lo que nos está ofreciendo el Espíritu Santo.

Tenemos una ocasión enorme para recuperar la frescura evangélica de las primeras comunidades de la Iglesia. Ellos eran minoría frente a la gran mayoría idólatra y pagana. Como nos está sucediendo ahora (vivimos en una sociedad capitalista, pura idolatría).

Ser hoy en día cristiano no es un privilegio (no te van aplaudir por ello), sino todo lo contrario, es ir contracorriente, igual que en el pasado. Todo lo que proponemos los cristianos es rechazado por la sociedad.

Hoy el que quiere seguir a Cristo es por decisión personal y libre. ¡Fijaros qué buena noticia! ¡Y dicen que son tiempos malos! Aprovechemos la oportunidad, que no se nos escape el tren por culpa de chorradas, murmuraciones, intereses personales, fantasmas, que en la época actual “no pegan ni con cola”. Ante esta ocasión que nos ofrece el Espíritu Santo ¿vamos a tener miedo? ¿miedo a qué? ¿vamos a seguir acomplejados?

“No temas pequeño rebaño...”

Nos lo dice nada menos que el Señor.

Los que seguimos en la Iglesia (en el movimiento) es porque queremos. Nadie nos obliga a ello. Pues ya que estamos vamos hacerlo bien. Vamos ayudarnos. Vamos a querernos, apoyarnos, que de eso se trata, eso es lo que pide el Señor. Vamos a ser luz para que esta sociedad se oriente ante tanta confusión. Vamos a ayudarnos unos a otros a vivir el Evangelio que para eso estamos aquí, que es nuestro máximo interés, para eso hemos elegido seguir al Señor, ser cristiano, ser Iglesia, ser miembro del Mac.

Nuestra hora es tiempo de salvación. Nuestra hora es el momento favorable (2 Cor 6,2) y si no veo las oportunidades que el Señor me está ofreciendo hoy es porque estoy ciego, como les pasaba a muchos que veían a Jesús pero no se daban cuenta de quién era y qué es lo que le estaba ofreciendo: “Tienen ojos pero no ven”.

PARA REZAR:

TODO NO ES MALO

DICEN QUE EL MUNDO ES MALO
MUCHOS LOS ATENTADOS
NOS INVADEN LAS GUERRAS,
HAMBRE Y CORRUPCIÓN.

QUE SE MUERE EL ARTISTA
LA RAZÓN ALTRUISTA,
QUE EL CORAZÓN DEL HOMBRE
LATE ALGO PEOR.

PERO TODO NO ES MALO
MUCHA GENTE NO VENDE
LO QUE TIENE DE MÁS VALOR.
Y SE UNEN CONTENTOS,
SACANDO DE SU ADENTRO
LA MEJOR ORACIÓN.

*HOY TE SIENTO, SEÑOR, EN MÍ
ME DEVUELVES LAS GANAS DE VIVIR.
VOY ROMPIENDO LOS MUROS,
LA FRONTERA Y DESILUSIÓN.
CON LOS OJOS DE DIOS EN MÍ*

VEO YO MÁS POSIBLE ILUMINAR
LO MÁS NEGRO Y OSCURO,
ABLANDAR LO MÁS DURO EN MÍ.

DICEN QUE LA BELLEZA
Y EL AMOR NO INTERESAN,
QUE EL COLOR DEL DINERO SIENTAN
AÚN MEJOR.

QUE NO HAY PAZ SINO HAY GUERRA
QUE EL QUE BUSCA NO ENCUENTRA

QUE SI DIOS HIZO EL MUNDO
LUEGO, SE LARGÓ.

PERO TODO NO ES MALO,
MUCHA GENTE APUESTA
A DAR SU VIDA POR LOS DEMÁS;
Y MIRANDO HACIA EL CIELO
YA CONSTRUYEN LOS SUEÑOS
QUE SE HARÁN REALIDAD.

(Harijans)

3.- Nadie da lo que no tiene

Este conocido refrán, utilizado por el Bto. D. Manuel González en su formación de catequistas y animadores en la fe, es de una evidencia contundente. Si nosotros, como movimiento, nos proponemos como objetivo este año de dar a Dios, antes 'hay que tenerlo'. Aunque aquí la expresión queda rara porque nadie 'tiene o posee a Dios'. Él no es un objeto, mercancía o propiedad nuestra. Pero en el fondo sabemos a lo que nos referimos: para dar a Dios, para dar testimonio de Él y mostrarlo a través de nuestra vida, antes debo conocerlo, tratar con Él, vivir con Él. "Porque un ciego no puede guiar a otro ciego." (Lc 6,39)

Y con respecto a Dios, ¿Esto cómo se hace? ¿Cómo nosotros podemos ser capaces de dar a Dios a los demás? ¿Cómo podemos transmitir el verdadero rostro de Dios que se manifestó en Jesús?

La Palabra de Dios nos ilumina en ello. Lo venimos diciendo desde el principio. El apóstol S. Juan nos dice en su primera carta que la esencia de Dios es el amor: "Dios es amor" (1 Jn 4,8). Sustituid la palabra 'Dios' por 'amor' y el mismo lema responde a la pregunta: "Quien no da amor, da demasiado poco."

Fijaros todo lo que sale de ahí para la oración, para la meditación, para el día a día. También nos puede ayudar mucho recordar las palabras de San Pablo: "Si no tengo amor, de nada me sirve." (1 Cor 13,3)

En la caridad está la clave. El amor lo responde y soluciona todo. El amor lo puede todo. He ahí el verdadero rostro de Dios. "Donde hay caridad allí está Dios." Solo el amor hace presente a Dios.

Eso es lo que tenemos que darle a los demás. Esto es lo que más necesita la gente, nuestros niños, nuestros jóvenes. "La Iglesia vive una vida auténtica, cuando profesa y proclama la misericordia." (Juan Pablo II; Dives in misericordia; 13c)

S. Francisco lo entendió muy bien:

*Haz de mí, Señor, un instrumento de tu Paz;
Que donde haya odio, lleve yo tu Amor;
Donde haya ofensa, ponga tu Perdón;
Donde haya discordia, ponga tu Unión;
Donde haya error, ponga tu Verdad;
Donde haya duda, ponga fe en Ti;
Donde haya desesperanza, ponga tu Esperanza;
Donde haya tinieblas, ponga tu Luz
Y donde haya tristeza, ponga yo tu Alegría.*

*Haz, en fin, Señor,
Que no me empeñe tanto
En ser consolado, como en consolar;
En ser comprendido, como en comprender;
En ser amado, como en amar.*

*Porque dando es como se recibe,
Olvidando es como se encuentra,
Perdonando se es perdonado
Y muriendo se resucita a la Vida que no conoce fin.*

Asumamos esta oración. Recémosla este año todos los días, cuando nos levantemos o cuando leamos la lectura del día. Es una de las formas que tenemos de pedirle al Señor la gracia de poder darlo a los demás. No nos cansaremos de decirlo una y otra vez: tenemos que pedirselo al Señor. Es una necesidad. Es una urgencia. Sin Él no podemos. La oración ‘ha dejado ya de ser un compromiso’. A esta altura es una necesidad.

“El amor y la vida según el Evangelio no pueden proponerse ante todo bajo la categoría de precepto, porque lo que exigen supera las fuerzas del hombre. Sólo son posibles como fruto de un don de Dios, que sana, cura y transforma el corazón del hombre por medio de la gracia: ‘Porque la Ley fue dada por medio de Moisés; la gracia y la verdad nos han llegado por Jesucristo’ (Jn 1,17).” (Juan Pablo II; Veritatis Splendor, 23b)

“Imitar y revivir el amor de Cristo no es posible para el hombre con sus solas fuerzas. Se hace capaz de este amor sólo gracias a un don recibido.”(Juan Pablo II; Veritatis Splendor, 22c)

¿Por qué? Porque “el amor procede de Dios.” (1 Jn 4,7) “El don de Cristo es su Espíritu, cuyo primer ‘fruto’ (Gál 5,22) es la caridad.” (Juan Pablo II; Veritatis Splendor, 22c) “Al darnos el Espíritu Santo, Dios ha derramado su amor en nuestros corazones.” (Rom 5,5)

No aprendemos este tipo de amor solos o en la escuela de los hombres. El tipo de amor del que habla Jesús es un don de Dios; más aún, es Dios mismo que viene a habitar en nuestro corazón.

“Tú sabes bien que yo nunca podré amar a mis hermanas como tú las amas, si tú mismo, Jesús mío, no las amaras también en mí.” (S. Teresita de Lisieux; Ms C 12 vº)

“Hacer el bien es algo tan imposible sin la ayuda de Dios como hacer brillar el sol en plena noche.” (Teresita de Lisieux; Ms C, 22v).

“Para amarte como tú me amas, necesito pedirte prestado tu propio amor.” (S. Teresita de Lisieux; Ms C 35 rº)

Por lo tanto, para poder amar, necesitamos a Dios. Siempre necesitamos a Dios. Es la necesidad más real y urgente de nuestra vida. No podemos olvidarlo. Sin amor no podemos vivir, se puede malvivir, ir tirando, pero eso ni es vida ni es nada. Eso no es lo que Dios quiere para nosotros. Sin amor somos unos desgraciados. De ahí que Cristo sea nuestro salvador, el que nos saca de esa situación de muerte que es el egoísmo, el odio, las rencillas, etc...

Para el ser humano “la vida está privada de sentido si no se le revela el amor, si no se encuentra con el amor, si no lo experimenta y lo hace propio, si no participa en él vivamente.” (Juan Pablo II; Redemptor hominis, 10) Es importante que entendamos lo que nos jugamos y se juegan nuestros hermanos con la realización de este lema.

¿Queremos vivir este lema? ¿Queremos hacerlo realidad? Pues primero: seamos mendigos delante del Señor. Es nuestra realidad más profunda. “¿Qué tienes que no hayas recibido?” (1 Cor 4,7)

Hay pedir, hay que suplicar. Con perseverancia. Sin cansarnos.

Segundo: tenemos que convertirnos al Señor, a la caridad. Es lo mejor que podemos hacer por nuestro prójimo, para que el mundo sea mejor.

PARA REZAR Y CANTAR:

NADIE DA LO QUE NO TIENE:

**Nadie puede dar lo que no es, ni quiere ser,
Solo puedes dar lo que dentro de ti está.**

Cristo es sal y luz también,
Pero hoy pocos quieren ser como Él.
Nunca olvides que solo darás lo que dentro de ti está.

Nadie puede dar lo que no es, ...

No es mejor el que más da,

Sino aquel que guarda menos
y a Cristo nos da.

Nunca olvides que solo darás lo que dentro de ti está.

Nadie puede dar lo que no es, ...

Hay maestros, sabios y gurús,
Que viven llenos de todo menos de tu Luz.

Dame torpes rebosantes de Dios,
Licenciados en morir a su yo.

Nadie puede dar lo que no es, ...

(Disco: Dichosas caídas; Unai)

4.- “En su nombre se predicará la conversión.” (Lc 24, 47)

Parémonos un momento ante esta realidad de la que todo depende en nuestra vida: la conversión.

Este lema lleva implícita una fuerte llamada a la conversión.

Siempre tenemos que estar reformándonos, corrigiéndonos a nosotros mismos. “Solamente a través de la conversión se llega a ser cristianos; esto vale tanto para la vida particular de cada uno como para la historia de toda la iglesia. Esta vive como iglesia en la medida en que renueva sin cesar su conversión al Señor, al evitar cerrarse en sí misma y en sus propias costumbres más queridas, tan fácilmente contrarias a la verdad. Cuando la reforma es arrancada de este contexto, del esfuerzo y el deseo de conversión, cuando se espera la salvación solamente del cambio de los demás, de la transformación de las estructuras, de formas siempre nuevas de adaptación a los tiempos, quizá se llegue de momento a cierta utilidad inmediata, pero en el conjunto la reforma se convierte en una caricatura de sí misma, capaz de cambiar únicamente las realidades secundarias y menos importantes de la iglesia.”

(¿Por qué soy todavía cristiano? ¿Por qué permanezco en la Iglesia?; Hans Urs von Baltasar, Joseph Ratzinger; pág: 60)

Fijémonos en los santos. Mira a San Francisco de Asís. De su boca nunca salió una crítica hacia nadie. Y sin embargo inició una reforma profunda en toda Europa. ¿Y qué es lo que hizo? Pues luchar en su conversión. Asumió las exigencias del evangelio, de vivir él la pobreza, no el de enfrente, y esto originó la aparición de muchas órdenes mendicantes y de penitentes por toda Europa. Su vida fue un chorro de aire fresco para toda la Iglesia.

Mira a Santa Teresa de Ávila y San Juan de la Cruz, que han pasado a la historia como los grandes reformadores del Carmelo. ¿Qué es lo que hicieron? Se comprometieron a vivir ellos la exigencia de su vocación. Nada más. Y eso originó una reforma que ha pasado a la historia. Actualmente no hay ninguna espiritualidad que no recoja algún aspecto de lo que enseñaron y vivieron estos dos santos.

“Es necesario reformarse uno mismo, tratar de reformar dulce y amistosamente a aquellos sobre los que tenemos influencia, y extender esta influencia a fin de propagar la reforma. Sobre todo, hay que actuar con constancia, sin desanimarse, recordando que la lucha contra uno mismo, contra el mundo y contra el demonio durara hasta el fin de los tiempos. Actuar, orar y sufrir son los tres medios con los que contamos.”

(Carlos de Foucauld)

Si queremos un mundo más justo, Dios no puede cambiar las cosas sin nuestra conversión.

Solamente a través de la conversión de los corazones, solamente por un cambio en lo íntimo del hombre se puede superar la causa de todo este mal, se puede vencer el poder del maligno. Sólo si los hombres cambian, cambia el mundo y, para cambiar, los hombres necesitan la luz que viene de Dios, de esa luz que de modo tan inesperado ha entrado en nuestra noche.

DESDE LA PALABRA:

“¿De qué la sirve a uno ganar el mundo entero si se pierde o se perjudica a sí mismo?”
(Lc 9, 25)

¿Cómo se pierde uno? ¿Cómo se perjudica a sí mismo?

Jesús nos responde: “Si no os convertís, todos pereceréis...” (Lc 13,5)

La conversión me ayuda a no estancarme, a no pararme, porque quien no avanza retrocede. Y retroceder en la vida espiritual significa morir.

Es la conversión la que nos pone en el camino correcto, la que nos hace hacer lo correcto y no perdernos en chorradas que perjudiquen o arruinen nuestra vida.

La conversión es una invitación, es una llamada urgente por parte el Señor.

“Convertíos a mí de todo corazón.” (Joel 2,12)

“Conviértete y cree en el evangelio.” (Mc 1,15)

Pero ¿podré cambiar de verdad a esta altura? ¿Me servirá para ello la conversión?

“¿Podréis vosotros hacer el bien tan acostumbrados como estáis al mal?” (Jer 31,23)

A Cristo le preguntaron algo parecido: “Pero ellos se asombraban aún más y se decían unos a otros: ‘Entonces ¿quién se podrá salvar?’ Jesús los miró y les dijo: ‘Para los hombres, imposible; pero no para Dios, porque todo es posible para Dios.’” (Mc 10, 26-27)

“Todo es posible para el que tiene fe.” (Mc 9,23)

La conversión es un regalo de Dios. Con Él todo se puede. Y sin Él no podemos hacer nada (Jn 15,5)

Lo conversión es posible con la gracia de Dios y el consentimiento de la persona. Porque la gracia no anula mi libertad. Al revés, la posibilita y la fortalece.

De ahí que, como la conversión supera con creces nuestro esfuerzo, tenemos que pedirselo al Señor. Una y otra vez.

“Conviérteme y yo me convertiré, pues tú eres Yavé, mi Dios.” (Jer 31,18)

“...esperamos como salvador a Jesucristo, el Señor. Él transformará nuestro mísero cuerpo en un cuerpo glorioso como el suyo, en virtud del poder que tiene para someter todas las cosas.” (Flp 3, 20-21)

Pero ¿qué es lo que hay que convertir, cambiar? Qué lástima que cada vez que hablamos de cambios miramos para otro lado, hacia fuera, hacia los demás, hacia las estructuras, las leyes, la economía, hasta el gobierno...

Pero no ponemos el punto de mira donde hay que ponerlo. Cristo nos ayuda a corregir esa mala puntería.

“Nada hay fuera del hombre que, entrando en él, pueda contaminarle; sino lo que sale del hombre, eso es lo que contamina al hombre... Porque de dentro, del corazón de los hombres, salen las intenciones malas.” (Mc 7,15. 20-21)

Nosotros, por eso, somos responsables de la amargura de este mundo; unos más, otros menos, pero nadie puede excluirse. Por eso hace falta empezar por nuestro corazón para extirpar el mal en este mundo. A menudo descuidamos el corazón pensando que lo que cuenta es cambiar las estructuras o cambiar las leyes. Todo esto es necesario, pero el punto central de la lucha contra el mal es el corazón. En el corazón se libran las batallas para cambiar realmente el mundo, para ser mejores. Y en el corazón deben plantarse las buenas hierbas de la solidaridad, la amistad, la paciencia, la humildad, la piedad, la misericordia, el perdón. El camino para esta buena siembra está marcada por el Evangelio: recordemos la parábola del sembrador que salió a sembrar. Todavía en nuestros días, fiel y generosamente, aquel sembrador sale y echa con abundancia su semilla en el corazón de los hombres.

“Vosotros, los fariseos, limpiáis por fuera la copa y el plato, mientras que vuestro interior está lleno de rapiña y de maldad. ¡Insensatos! El que hizo lo de fuera ¿no hizo también lo de dentro? Pues dad limosna de vuestro interior, y todo lo tendréis limpio.” (Lc 11, 37)

Nuestro interior. ¿Qué hay en mi interior? “La boca dice lo que brota del corazón.” (Mt 12,34)

Pidámosle al Señor un corazón nuevo. Que cambie este corazón de piedra por uno de carne. Sólo Él puede hacer este milagro, este trasplante.

La conversión no es sólo un don, sino también un compromiso por parte de Dios.

“Os daré un corazón nuevo...” (Ez. 36, 26)

Tomémosle la palabra.

“Lo primero que tenemos que hacer para ser útiles a las almas es trabajar con todas nuestras fuerzas y de modo continuado en nuestra conversión personal.” (Carlos de Foucauld)

“Un alma hace bien, no en la medida de su ciencia o inteligencia, sino en la medida de su santidad.” (Carlos de Foucauld)

“Lo que la Iglesia necesita para responder en todo tiempo a las necesidades del hombre es santidad.”(Benedicto XVI)

“Santifica a los demás, santificándote a ti mismo.” (San Juan Bosco)

Y esto hay que plantárselo ahora mismo. Hoy es el día de mi ‘sí’ al Señor, de volverme a Él. Hoy, porque el pasado ya no existe y el futuro todavía no ha llegado.

“Porque Dios mismo dice: En el tiempo favorable te escuché; en el día de la salvación te ayudé. Pues mirad, éste es el tiempo favorable, éste es el día de la salvación.” (2 Cor 6,2)

Hagamos realidad la Palabra de Dios, que tome cuerpo en mi vida, que se haga vida. Y para que eso ocurra tiene que ser ahora, no después. Pronunciemos con la vida y el corazón: “Hoy se ha cumplido el pasaje de la Escritura que acabáis de escuchar.” (Lc 4,21) Igual que hace nuestro Señor.

Hoy, ahora es el momento.

Párate, recógete en el Señor. Ahora sólo importa Él. Da el primer paso hacia Él, conviértete a Él. Mucho mejor: conviértete en Él.

Nuestra verdadera conversión comienza con el ‘grito’ del alma, que pide perdón y salvación.

“Dios mío, ten compasión mí, que soy pecador.” (Lc 18,13)

Mira cuál es el obstáculo, tu enfermedad, aquello que te paraliza para ser más de Él, más caritativo, más servicial. “Si no reconoces tu enfermedad, juzgarás cosa superflua tener un Salvador.” (San Agustín; Serm 656)

Pide luz para tu ceguera, para saber qué es lo que falla y poder corregirlo. El obstáculo primario de la conversión es la ceguera (ver a lo que uno tiene que convertirse), y a ello no se llega sino poco a poco.

De ahí nuestra constancia, nuestra paciencia para con nosotros mismos y también hacia los demás que están igual que tú. De ahí la importancia de ponernos en manos del Señor. La conversión es un proceso inacabado, que está hecho de pequeñas conversiones a lo largo de nuestra vida.

Pide perdón, pide curación, pide que te salve del Maligno, del mal, de tanto yo, de tanto egoísmo.

Sólo Cristo puede curarnos, puede salvarnos.

“Señor, ¿a quién iríamos? Tus palabras dan vida eterna.” (Jn 6,68)

“No necesitan médico los sanos, sino los enfermos. Yo no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores, para que se conviertan.” (Lc 5, 31-32)

Ese enfermo, ese pecador soy yo. ¡El Señor viene para mí, en busca mía para curarme, no para castigarme!

“Pues el Hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido.” (Lc 19,10)

Agarrémonos a Él. Sigámoslo.

“Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré.” (Mt 11,28)

“Yo no rechazaré nunca al que venga a mí.” (Jn 6,37)

Más claro imposible.

Ante esto sólo queda el corazón sorprendido, admirado ante tanto Bien. Seamos agradecidos al Señor.

¡Así es Dios, tan bueno! “Alegrarnos de considerar qué tan gran Dios y Señor tenemos.” (Sta. Teresa de Jesús; Meditaciones sobre los cantares, 2)

“La conversión a Dios consiste siempre en descubrir su misericordia, es decir, ese amor que es paciente y benigno. (1 Cor 13,4)” (Juan Pablo II, Dives in misericordia, 13f)

Y la forma correcta de dar las gracias ante tanto derroche de cariño es diciéndole sí, convirtiéndonos a Él, volviéndonos hacia la caridad.

No podemos posponerlo. ¿Qué sentido tendría retrasar para más tarde, para otro día una cosa así? Sería una muestra de desagradecimiento enorme por mi parte.

Este es el momento favorable, hoy es el día de la salvación.

“Conviértete hoy por si no puedes hacerlo mañana.

Disponiendo del día de hoy para convertirte, posponer tu conversión sería una ingratitud más.

“El Dios de las misericordias te abre la puerta del perdón. ¿Por qué tardas en entrar?” (San Agustín)

No te espera el castigo, sino el abrazo de un pedazo de Padre.

Convirtámonos. Es lo mejor que le podemos ofrecer a nuestra familia, a nuestra comunidad, al salón, a nuestros compañeros de trabajo, a toda la humanidad. Convirtámonos y habrá alegría de verdad. Será en la tierra como en el cielo. La tierra será cielo. Porque “les aseguro que, de la misma manera, habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta, que por noventa y nueve justos que no necesitan convertirse.” (Lc 15, 7)

PARA MEDITAR:

EL AMOR LO PUEDE TODO

“Jesús los miró y les dijo: ‘Para los hombres, imposible; pero no para Dios, porque todo es posible para Dios.’” (Mc 10, 26-27)

“Para Dios nada hay imposible.” (Lc 1, 37)

“En la comunión con Jesús, lo imposible se hace posible. En la medida en que pertenezcamos a Jesús, se realizarán en nosotros sus mismas cualidades.”

(Mirar a Cristo; Joseph Ratzinger; pág: 68)

“Donde no hay amor, ponga amor, y sacará amor.” (S. Juan de la Cruz; carta a M. María de la Encarnación, 6-07-1591; Obras completas; BAC; pág: 230)

“Amor saca amor.” (Sta. Teresa de Jesús; Vida 22,14)

5.- MARIA: EL MEJOR EJEMPLO DE DAR A DIOS

¿Qué hay que hacer para que pueda dar a Jesús al mundo? Eso mismo le preguntó la virgen María al ángel Gabriel.

“Concebirás y darás a luz un hijo, al que pondrás por nombre Jesús... ¿Cómo será esto...? El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra...

Aquí está la esclava del Señor, que me suceda según dices.”

(Lc 1,31-38)

Dar a Cristo a los demás es pura obra del Espíritu Santo. Para que Jesús nazca en mí, se haga carne en mí, necesito ponerme en manos del Espíritu Santo y ser obediente a la Palabra, como María. Para ser cristiano hay que ser mariano. El Espíritu Santo te ofrece la oportunidad de que te suceda lo que le sucedió a la virgen María. Tú también puedes dar a Cristo a los demás.

Rézale al Espíritu Santo.

Nuestro espíritu es débil.

No está capacitado para acoger al Hijo de Dios.

Es cobarde y egoísta.

Tiende a encerrarse en sí mismo y rehúye el esfuerzo y la responsabilidad.

Él solo ni sabe, ni puede, ni quiere ser madre de Dios.

Pero el Espíritu Santo viene en ayuda de nuestra flaqueza,

Él es quien nos hace concebir a Cristo,

el que lo hace desarrollar en nuestra alma,

el que nos ayuda a comprender su palabra,

el que va transformando nuestra mente y nuestro

Corazón para que se vayan compenetrando con Cristo.

Él es el artista que va esculpiendo en nuestra alma

La imagen VIVA de Cristo.

“La Virgen creyó y, creyendo, concibió siendo virgen” (San Bernardo)

“La fe es el medio de poseer ya lo que se espera y de conocer las realidades que no se ven.” (Heb 11, 1)

María “lo concibió en su corazón antes de concebirlo en su seno.” (San Agustín, sermón 25) “Mayor cosa es tener a Cristo en el corazón que tenerlo en casa.” (San Agustín, sermón 232,7)

Para que la Palabra se haga carne, se haga vida, antes debe hacerse corazón. Hay que amarla, desearla, necesitarla...

“El Magnificat (un retrato de su alma, por decirlo así) está completamente tejido por los hilos tomados de la Sagrada Escritura, de la palabra de Dios. Así se pone de relieve que la palabra de Dios es verdaderamente su propia casa, de la cual sale y entra con toda naturalidad. Habla y piensa con la palabra de Dios; la palabra de Dios se convierte en palabra suya, y su palabra nace de la palabra de Dios. Así se pone de manifiesto, además, que sus pensamientos están en sintonía con el pensamiento de Dios, que su querer es un querer con Dios. Al estar íntimamente penetrada por la palabra de Dios, puede convertirse en madre de la Palabra encarnada.”

(Benedicto XVI; Deus caritas est, 41)

“Y la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros.” (Jn 1,14)

¿Quieres que esto te ocurra ti, que la Palabra se haga carne, que habite entre nosotros?
¿Quieres ser la madre de Cristo como le pasó a María?

“¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos? Y señalando con la mano a sus discípulos, dijo: Estos son mi madre y mis hermanos. El que cumple la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre.” (Mt 12,50)

“Mi madre y mis hermanos son los que escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica.” (Lc 8, 21)

María no es importante por parir a Jesús. No es la maternidad natural o biológica lo que le va dar la relevancia en la historia de la salvación. María es madre del Señor porque se fió de Dios. Porque escuchó la Palabra de Dios y la obedeció. Cumplió la voluntad de Dios. Ahí radica lo importante que es María para nosotros y para toda la humanidad.

El sí que pronunció al ángel la transformó de jovencita en Esposa y Madre. Su sí transformará después nuestro mundo, como puede cambiar la vida de quienes la imitan y repiten la misma palabra. ¡Si comprendiéramos lo que significa decirle sí a Dios! Nuestra respuesta, si es generosa como el sí de María, no puede ser estéril. Aportará incalculables frutos.

Ahí está el secreto de su maternidad.

“...una mujer entre la multitud dijo en voz alta: Dichoso el seno que te llevó y los pechos que te amamantaron.

Pero Jesús dijo: Más bien, dichosos los que escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica.” (Lc 11, 27-28)

“Mayor merecimiento de María es haber sido discípula de Cristo que Madre de Cristo; mayor ventura es haber sido discípula de Cristo que Madre de Cristo... María es bienaventurada porque oyó la palabra de Dios y la puso en práctica...” (San Agustín, sermón 25)

“Haz la voluntad del Padre para que seas madre de Cristo. Muchos concibieron a Cristo y no le dieron a luz. Quien da a luz la justicia, da a luz a Cristo, quien da a luz la sabiduría, da luz a Cristo, quien da a luz la palabra, da a luz a Cristo” (San Ambrosio)

“Día a día la Iglesia da a luz al mismo Cristo por la fe en el corazón de los que escuchan.” (San Alberto Magno)

Cristo me da la oportunidad, gracias a su Palabra y a la fuerza del Espíritu Santo, de poder darlo al mundo. Lo que sucedió en la cueva de Belén ocurre hoy en día cada vez que yo anuncio con palabras y obras a Cristo, el evangelio, porque estoy dando la posibilidad de que Él nazca en el corazón de los que me escuchan, ya sean de mi equipo, de mi centro, de mi comunidad, de mi familia, de mi trabajo, etc...
Abrcémonos al evangelio. Busquémoslo a diario. Que no pueda pasar ni un solo día de desear por encima de todo hacer su voluntad. Porque donde se realiza la voluntad de Dios, allí es el cielo.

“María vivía de la palabra de Dios; estaba impregnada de la palabra de Dios. Al estar inmersa en la palabra de Dios, al tener tanta familiaridad con la palabra de Dios, recibía también la luz interior de la sabiduría. Quien piensa con Dios, piensa bien; y quien habla con Dios, habla bien, tiene criterios de juicio válidos para todas las cosas del mundo, se hace sabio, prudente y, al mismo tiempo, bueno; también se hace fuerte y valiente, con la fuerza de Dios, que resiste al mal y promueve el bien del mundo.”
(Benedicto XVI; Orar; pág: 290)

Démosle al mundo lo más grande que hay, lo mejor: Cristo. Seamos madres del Señor. ¿Hay algo más grande, más importante que esto, más urgente, más necesario, más bonito que ser madre del Señor? Seamos como María, nuestra madre. Seamos madre. ¡Qué regalo! ¡Qué misterio! Bendito sea el Señor.

Acerquémonos al Espíritu Santo. El gran protagonista de todo esto. Intimemos con Él. Aprendamos a descubrirlo dentro de nosotros.

Pidámosle a la virgen María que nos ayude a ser buenos hijos de ella, es decir, buenas madres del Señor. Que llevemos a nuestra vida el consejo que a ella la ha definido: “Haced lo que Él os diga.” (Jn 2,5)
Hagamos lo que Jesús nos dice. Esta es la auténtica devoción mariana.

Son ganas de agradecer al Señor, hambre de hacer lo correcto.

6.- El apostolado Mac: nuestra forma de dar a Dios.

La Evangelización es el mayor acto de caridad que un ser humano puede realizar. Es por ello que los centros Mac, lugares de misión, son una gran herramienta de santificación y de acción beneficiosa para la sociedad.

Aparentemente parece que no se hace gran cosa: estamos con los niños, con los jóvenes; jugamos con ellos, tienen sus reuniones, etc.

Pero sin embargo estamos haciendo lo más importante: estamos sembrando en sus corazones el Evangelio. Estamos implicados en un proceso de conversión. Lento, laborioso, arriesgado (el resultado de éxito no está ni mucho menos asegurado), pero es que estamos tratando con personas. Y cambiar una mentalidad, una educación familiar, muchas veces antieducativa y viciada desde la infancia, unos patrones que copian de la tele, de internet, etc. Como comprenderéis no es una tarea de dos días. Esto requiere años y con el resultado en el aire.

Pero tenemos la seguridad que dedicarnos a la transformación de los corazones es hacer lo mismo que hace el Señor. Es seguirlo literalmente.

La conversión es la herramienta más poderosa que hay de transformación social.

La verdadera transformación del mundo, no puede surgir más que de un corazón nuevo, de un corazón vigilante, de un corazón abierto a la verdad y el amor.

Dando a conocer a Cristo y siguiéndolo a él, entro al servicio de la verdad y del amor.

Los niños y los jóvenes son el futuro de la sociedad. Todo el bien que se le haga, todo el servicio que se les preste repercutirá en el bien de la sociedad.

Y también lo contrario: si le damos la espalda, si no le anunciamos el Evangelio, si no se encuentran con Cristo, no aprenderán a querer. Imaginaros que desastre a nivel social. Bueno, no hay que imaginar mucho, ya se está viendo en las noticias, en los compañeros de trabajo, en el ambiente, etc.

¿Somos conscientes de la tarea del Mac? ¿Nos damos cuenta en lo que estamos inmersos, de la enorme responsabilidad? ¿Valoro la importancia tan grande que tiene el apostolado?

Y sinceramente, dejando al lado los intereses y los miedos, mirando al Evangelio y a nuestro propio corazón: ¿existe una labor más bonita y más importante que ésta, la de ayudar a los niños y los jóvenes, la de contribuir a que el mundo sea más justo, a que el futuro sea más digno para todos?

Estamos en el momento preciso y en el lugar correcto. ¡Bendito sea el Señor por tan inmerecido regalo!

Que la rutina no nos malacostumbre y minusvaloremos lo que se hace en el salón. El centro Mac es un extraordinario lugar de misión.

5.1 PISTAS SOBRE EL APOSTOLADO EN LOS CENTROS MAC

1.- “La oración : esto es lo primero. No se empieza bien sino desde el cielo.” (D. Bosco)
“No puede haber fecundidad en nuestro apostolado, sino en unión con Cristo redentor. Es una función reservada a las almas de oración y es una consecuencia de esa unión con Jesús.” (En el corazón de las masas; Rene Voillaume; pag:205)

Si yo no busco la intimidad con Cristo, la oración de sagrario, el encuentro con Él, ¿qué es lo que voy a darle a los jóvenes? ¿Cómo voy a guiarlos en el encuentro con Cristo?

Si Cristo no me entusiasma, no me ilusiona, y eso lo da la oración, ¿cómo pretendo entusiasmar e ilusionar a los jóvenes con Cristo, si yo soy el primero que lo trata con frialdad?

En esto no podemos fallar, no podemos ni siquiera dar un paso atrás. Tenemos que ser personas orantes. Aprovechemos los momentos de sagrario. Busquemoslos con ganas. La oración es el alma del apostolado. Sin la oración no hay centro Mac. Será una pantomima, una pérdida de tiempo. Sin Cristo nuestra labor no sirve para nada. De ahí que en la oración diaria no podemos fallar.

“Los centros no suelen ir mal por falta de fe sino de piedad, y la piedad se va cuando se deja de visitarse los sagrarios, abrirse el libro de meditación para el apóstol y tener caridad para los que están peor.” (Bto. D. Manuel González; citado en: El obispo del Sagrario abandonado; J. Campos Giles; pág: 187.)

2.- Hoy toca ser descaradamente cristiano. Que los jóvenes sepan que somos católicos, que somos Iglesia, que seguimos al Señor. “Vosotros sois la luz del mundo... Brille de tal modo vuestra luz delante de los hombres que, al ver vuestras buenas obras, den gloria a vuestro Padre que ésta en los cielos.” (Mt 5,14.16)

3.- Los equipos de responsables de cada centro juegan un papel crucial en la evangelización y en el testimonio. Los niños y los jóvenes tienen que ver cómo nos apreciamos entre nosotros, como nos apoyamos, como nos preocupamos y cuidamos. Tienen que ver un contraste entre lo que ellos ven en nosotros y lo que ven en la calle, en sus ambientes.

“Por el amor que os tengáis los unos a los otros reconocerán todos que sois discípulos míos.” (Jn 13,35)

“El hombre contemporáneo cree más a los testigos que a los maestros; cree más en la experiencia que en la doctrina; en la vida y los hechos que en las teorías” (Juan Pablo II; Redemptoris missio, 42).

De ahí que nos tenemos que esforzar en atajar las murmuraciones entre nosotros, los malos rollos, las chorradas que no vienen a cuento. Nada de eso tiene que ver con el Evangelio.

4.- Tenemos que acortar la etapa de la amistad en cuanto a reuniones de equipo. Gracias a Dios esa etapa se lleva diariamente todas las tardes en el salón. No es necesario que en los temas de equipos se prolongue durante meses (y en algunos casos años). Hoy hay que trabajar esto de otra manera.

Hay que anticipar antes la etapa de la Palabra y de los sacramentos, tanto es así, que ambas etapas pueden ir casi de la mano. La experiencia de los últimos años nos muestra que con los jóvenes actuales, cuanto más se retrasa el anuncio de la Palabra y la vida de sacramentos, más les cuesta después descubrir sus riquezas.

PARA MEDITAR Y VIVIR:

Os dejamos algunas frases de nuestros inspiradores sobre el apostolado para que nos sirva de alimento y de luz:

Carlos de Foucauld:

Hay que inspirarles confianza, hacerse amigos entre ellos, prestarles pequeños servicios, darles buenos consejos, trabar amistad con ellos, animarles discretamente a seguir la religión natural, demostrarles que los cristianos les aman.

La caridad es el fundamento de nuestra religión y exige que cada cristiano ame al prójimo como así mismo. Porque la salvación del prójimo es tan importante como la salvación de uno mismo. Todo cristiano debe ser un apóstol. Esto no es un consejo, sino un mandamiento: el mandamiento de la caridad.

Mi apostolado tiene que ser el de la bondad. Tengo que conseguir que las gentes digan cuando me vean: ‘Este hombre es tan bueno que su religión tiene que ser buena’. Si alguien me pregunta por qué soy amable y bueno, tengo que responder: ‘Porque sirvo a alguien que es mucho más bueno que yo. ¡Ojalá supieras que bueno es mi señor Jesús!’ Quiero ser tan bueno que las gentes digan: ‘Si así es el siervo, ¿cómo será de bueno su señor?’.

Todo cuanto hagamos al prójimo se lo hacemos al mismo Jesús. Aquí está la clave para cambiar toda nuestra vida, para dirigir todas nuestras acciones, nuestras palabras, nuestros pensamientos. Todo el bien espiritual o material hecho al prójimo se lo hacemos a Jesús. ¡Qué espíritu apostólico, que espíritu de caridad se nos enseña aquí! ¡Qué dirección para nuestra oración y para nuestra acción se desprende aquí!

Dame la gracia de poder hacer el mayor bien posible en todos los momentos de mi vida llevando a cabo por ti el mayor bien de mi prójimo. Haz que nunca cometa ningún mal, ofensa e imperfección contra ti no cometiendo nunca ninguna ofensa ni imperfección contra mi prójimo.

Nuestro Señor nos da la verdadera razón de la caridad, la más profunda. Aunque existen otras: hay que dar para obedecer el mandato tan a menudo repetido por Dios, para imitar a Jesús, que ha dado tanto; porque el amor de Dios nos obliga a transferir a los hombres el amor que tenemos por Él. Hay que dar por bondad, para practicar esta virtud que hay que amar por sí misma, porque es uno de los atributos de Dios, una de las gracias divinas, una de las perfecciones de Dios, Dios mismo en persona.

“Los medios para el apostolado son la presencia, amistad fraterna, don de sí mismo, conversaciones íntimas, testimonio y en una palabra todo aquello que el amor pueda sugerir a un pobre, que quiere seguir siéndolo, para que los hermanos que le rodean conozcan y amen al Señor Jesús. ¿No es la única forma de apostolado que está al alcance de un seglar pobre en el curso de su vida?”

(En el corazón de las masas; Rene Voillaume; pag: 155)

S. Juan Bosco:

“Dios profesa un afecto especial a la juventud.”

“La juventud, la porción más delicada y valiosa de la sociedad humana.”

“La sociedad religiosa y la civil serán buenas o malas, según sea buena o mala la juventud.”

“Estos jóvenes tienen verdadera necesidad de una mano amiga que se cuide de ellos, los guíe por el camino de la virtud y los aparte del vicio. La dificultad está en encontrar la manera de reunirlos, hablarles y adoctrinarlos.”

“Nuestro programa será invariablemente éste: Dejados el cuidado de los jóvenes pobres y abandonados, y nosotros nos esforzaremos por hacerles el mayor bien que esté a nuestro alcance, en la firme convicción de poder así contribuir a la moralidad en las costumbres y a la convivencia social.”

“La práctica de mi sistema educativo se apoya en las palabras de San Pablo: ‘La caridad es benigna y paciente. Todo lo sufre, lo espera todo y lo soporta todo’.”

“Que los jóvenes no sólo sean amados, sino que ellos mismos se den cuenta de que son amados.”

“Yo aconsejaría muy mucho tener cuidado en no proponer más que medios sencillos, que ni asusten ni fatiguen al fiel cristiano, sobre todo si se trata de jóvenes. Los ayunos, las oraciones largas y otras prácticas duras por el estilo, acaban por no cumplirse o se hacen de mal humor y de cualquier manera. Atengámonos a lo fácil, pero hecho bien y con perseverancia.”

“La finalidad del Oratorio es la de reunir a los muchachos para hacerlos honrados ciudadanos, haciéndolos buenos cristianos.”

Bto. D. Manuel González:

“Responsable, que te cruzas de brazos o estás a punto de dejarlos de caer porque no puedes hacer nada. Apóstol que no predicas los días que te oyen pocos, que nos das equipo porque acuden pocos niños, que no abres el salón a tu hora porque no viene nadie, que dejas el apostolado emprendido y no emprendes ninguno nuevo porque ¿se consigue tan poco o nada! ¿has meditado en mi parábola del grano de semilla? ¿has

reparado en el milagro que tantas veces he hecho y que otras tantas estoy dispuesto a repetir de hacer grande todo lo chico que se siembre en mi campo?

¿Qué te gustaría hacer cosas grandes y no puedes?
Y es verdad: lo grande solamente lo hago Yo.

Tú haz lo tuyo. ¿Cosas chicas? Ésas son las que te pido.
Responsable mío, ¡a sembrar tu granito!, entre muchos o entre pocos, con éxito pronto, tardío o nulo...!
Lo demás... Yo.”

“En el servicio de Dios y de las almas, nunca se trabaja en vano.”